

Marcelino Menéndez Pelayo

Marcelino Menéndez Pelayo nace en Santander, en 1856.

Estudió en la Universidades de Barcelona, Madrid y Valladolid. Escribió la Historia de los Heterodoxos españoles (1880) y la Historia de las ideas estéticas (1883). Entre sus discípulos figura Blanca de los Ríos Nostench.

Es notoria su amistad con Galdós. A pesar de ser más joven que el escritor canario, hay en Menéndez una actitud de protección y comprensión hacia los “errores galdosianos”.

Las dos Españas les utilizaron a uno y otro como banderas de sus respectivos campos, singularmente en la concesión del Nobel de 1912. Pero había mucha más distancia entre Menéndez y los sectarios defensores del catolicismo, o entre Galdós y las minorías exaltadas dispuestas a la quema de conventos, que entre el extraordinariamente inteligente historiador santanderino y el tolerante y profundamente religioso creador canario.

Historia de los Heterodoxos españoles

Dedica Menéndez el capítulo VI del libro IV a Servet.

Por supuesto no puede el santanderino estar de acuerdo con el unitario Servet, pero tampoco puede ocultar su simpatía hacia el buen discurrir del aragonés (aunque Menéndez parece preferir el término “tudelano” para referirse a Miguel Servet): “el buen sentido de Servet se rebela contra las horribles consecuencias morales de la justificación luterana, y defiende el libre albedrío, y aboga por la eficacia de las obras.”

En este sentido cita Menéndez a Servet en su ataque a Calvino: “Tenéis un Evangelio sin verdadera fe, sin buenas obras... habéis hecho del hombre un tronco inerte y habéis anulado a Dios con la quimera del servo arbitrio... La justificación que predicáis es una fascinación, una locura satánica... Hablas de actos libres como si en tu sistema pudiera haber alguno; como si fuera posible elegir libremente, cuando Dios lo hace todo en nosotros. Ciertamente que obra en nosotros Dios, pero de manera que no coarta nuestra libertad. Obra en nosotros para que podamos pensar, querer, escoger, determinar y ejecutar... ¿Qué absurdo es ese que llamas necesidad libre?”

Nos cuenta Menéndez que el aragonés envió a Calvino un ejemplar de la obra del francés “La Institución de la Religión Cristiana” llena en sus márgenes de notas despectivas. Es entonces (febrero de 1546) cuando Calvino escribe una carta a Guillaume Farel en la que se puede leer refiriéndose a Servet: “Dice que va a venir si le recibo, pero no me atrevo a comprometer mi palabra; porque si viene, le juro que no ha de salir vivo de mis manos o poco ha de valer mi autoridad”.

Insiste el historiador montañés en la fragilidad teológica de lo que él llama el pancristianismo de Servet, pero celebra el modo en que a su vez Servet critica a los calvinistas su negación del poder de las obras, y la contradicción en que incurrieron persiguiéndole a él después de haber rechazado el yugo de Roma.

Nos cuenta Menéndez sobre el juicio de la Inquisición francesa contra Michel Villanueva (Servet) instigado por Calvino y la huída del aragonés.

El caso es que acaba en Ginebra (Menéndez habla de mala suerte o de obcecación de Servet).

En el juicio que sufre Servet ante el Tribunal ginebrino nos explica Menéndez los detalles del procedimiento dentro de un ambiente en el que chocaban los grupos más tradicionales de la ciudad, defensores de la libertad y propensos a la tolerancia, con los refugiados por persecución religiosa, que conformaban un aparato eclesiástico propenso a la imposición ideológica.

Nos cuenta que Calvino le preguntó sobre su panteísmo: “¿Crees, infeliz, que la tierra que pisas es Dios?” Y Servet respondió: “No tengo duda de que este banco, esa mesa y todo lo que nos rodea es de la sustancia de Dios”. “Entonces, también lo será el diablo” dijo Calvino. “¿Y lo dudas?”, prosiguió impertérrito Servet, “por mi parte creo que todo lo que existe es partícula y manifestación sustancial de Dios”.

El 23 de agosto de 1553 se presentan a Servet una serie de preguntas sobre su conducta personal: ¿Por qué no se había casado? ¿Por qué había leído el Korán?... Responde que cree haber vivido como buen cristiano.

Llega de la Inquisición francesa una petición de entrega pero el propio Servet ruega a los jueces que no lo hagan; dice Menéndez que quizás eso le hubiera salvado.

Crece en los habitantes de Ginebra la simpatía hacia el aragonés, mientras en los pulpitos no se deja de maldecir al pobre español. ¡Y a la vez Calvino se queja de que se queme a sus seguidores en la Francia católica!

La pugna entre los liberales que no quieren manchar sus manos con la sangre de Servet y los clericales de Calvino termina el 26 de octubre con la sentencia a muerte en la hoguera.